

19 de marzo de 2017
Juan 4: 5-42

El evangelio de Juan nos recuerda que Dios puede encontrarnos en lugares inesperados y en personas inesperadas durante la jornada de Cuaresma. La mujer samaritana que encontró a Jesús en el pozo ciertamente no esperaba encontrarse con el Mesías ese día. Estaba haciendo sus tareas diarias. Como mujer y como samaritana, seguramente no esperaba más que desdén del galileo que se había encontrado cerca del pozo. Y Juan cuenta que ella pudo haber sentido culpabilidad por la manera que ella había llevado su vida. No, la mujer samaritana no esperaba encontrarse con el Mesías esa tarde.

Sin embargo, hay aún más en esta historia. Al revelarse como el "agua viva" y al responder "Yo soy" a la pregunta de la mujer, Jesús reveló mucho más. Se reveló como Dios. La mujer fue claramente tocada en su ser por esto. Abandonando la rutina de su vida cotidiana, procedió a anunciar esta revelación a cualquiera que quisiera escuchar.

Mientras continuamos en nuestra jornada de Cuaresma, haríamos bien en poner atención a la lección de la mujer en el pozo. Haríamos bien en permanecer abiertos a las sorpresas que Dios puede tener reservadas para nosotros. Haríamos bien en atender a la presencia de Dios en nuestra vida cotidiana.

¿Estoy suficientemente abierto a las sorpresas que Dios puede tener para mí en esta temporada de Cuaresma?

¿He reconocido que podría ser la "sorpresa" de Dios en la vida de otra persona, una sorpresa que tiene la potencial de acercarlos a Dios?

Reflexión por el diácono Daniel Lowery, Santa Maria en Crown Point